

PAISAJE Y ECONOMÍA: EL COMPONENTE HUMANO DEL PAISAJE

Enrique Lluch Frechina¹

Este capítulo pretende hacer hincapié en el componente humano que tienen la mayoría de los paisajes ante los que nos encontramos. Se comienza por un análisis de las definiciones del paisaje, en el que se ve cómo algunas de ellas consagran una visión desde afuera que justifica una visión dominadora del mismo. Se sigue con la explicación de por qué la persona es un componente esencial del paisaje, sin el cual éste no sería como lo es en la actualidad, y cómo sus decisiones lo han determinado para siempre. Después hay un análisis de los factores económicos que pueden ser determinantes en la evolución de los

¹ Enrique Lluch Frechina es Profesor de Economía en la Universidad CEU Cardenal Herrera.

paisajes y de su componente humano, para acabar con una serie de recomendaciones sobre qué es lo que debería tenerse en cuenta a la hora de plantear una evolución equilibrada y positiva de los paisajes teniendo en cuenta su componente humano.

El paisaje: definiciones

Definir paisaje no es algo sencillo. En la multitud de artículos que he tenido ocasión de leer al respecto, no he encontrado dos definiciones coincidentes. Parece que es difícil ponerse de acuerdo sobre qué es el paisaje. Cada autor da más importancia a unos aspectos o a otros, de modo que realzan unos u otros según lo que creen más esencial a la hora de definirlo: ¿Lo importante es que haya sido visto y pintado por alguien? o ¿Son más importantes sus características medioambientales y su definición geográfica? ¿Tal vez lo sea su evolución y que nunca está acabado del todo? Por este motivo he escogido dos definiciones de paisaje que creo recogen todos los elementos relevantes que tenemos en mente cuando hablamos del mismo. El análisis de ambas me permitirá poner de relieve cuáles son las cuestiones más importantes que cualquier persona tiene en su subconsciente cuando escucha este término.

En primer lugar tomo la definición que aparece en la Gran Enciclopedia Universal Espasa (pág. 8896). En ella se dice que "el paisaje es el resultado de la combinación dinámica, en un territorio, de elementos físicos, biológicos y humanos que, interrelacionados, dan lugar a un conjunto único e indisociable en continua evolución". Se trata de una definición que proviene del campo de la geografía y está determinada por esta disciplina científica. La primera característica que aporta esta definición es algo

evidente, como que el paisaje se da en un territorio. Quizá esto pueda parecer obvio a cualquier persona que hable o escuche algo sobre esta palabra, pero es importante remarcarlo en primer lugar. Esto es así porque, con frecuencia, escuchamos utilizaciones metafóricas de la palabra en las que ésta no viene ligada a un territorio determinado (si se teclea *landscape* en Google se pueden encontrar multitud de páginas web en las que se habla de paisaje sin que este término se refiera a ninguna porción de terreno). Esto sucede, especialmente, cuando se habla de paisaje social, término que viene ligado con frecuencia a realidades que nada tienen que ver con el territorio sino con un grupo determinado de personas. Por todo ello remarco que el paisaje del que voy a tratar en este artículo es aquel que viene irremediabilmente ligado a una porción de territorio.

La segunda característica que resalta esta definición es que para la construcción o formación de un paisaje confluyen tres clases de elementos. Se trata de aspectos tan importantes y decisivos que muy pocas veces (profundizaré un poco más sobre esto unos párrafos más adelante) vamos a encontrar lugares en los que falte la acción de alguno de ellos. Me estoy refiriendo, claro está, a los elementos físicos y biológicos, por un lado, y el elemento humano por el otro. Los dos primeros están conformados tanto por la composición del terreno (vegetación y relieve), como por el clima de la zona. Se trata de elementos naturales que nos vienen dados previamente a nuestra intervención y que actúan como marco y límite a la actuación del hombre en ese territorio. Éste debe, en todo caso, adaptarse a las circunstancias geográficas y climáticas para poder realizar su intervención en un paisaje dado. La importancia de los dos primeros elementos es tal

que, durante mucho tiempo (y en ocasiones sigue sucediendo), las definiciones y los estudios sobre el paisaje solamente han tenido en cuenta estos factores y se han olvidado de que los seres humanos tenemos mucho que ver con la conformación actual de la mayoría de los paisajes. El ser humano ha sido clave para la transformación y la configuración de la práctica totalidad de los entornos naturales en los que nos movemos a lo largo de nuestra vida. Nuestra actividad ha ido modificando y manipulando la naturaleza ante la que nos encontramos y la ha ido adaptando a aquello que necesitamos, de manera que pudiese servir mejor a nuestros intereses y nos permitiese atender a nuestras necesidades y deseos de una manera más sencilla. Por ello, este tercer elemento no puede olvidarse a la hora de hablar de paisaje. Es esencial y parte del mismo, sin él no se puede entender la evolución de los otros dos. A modo de resumen de esta característica diré que los tres elementos actúan conjuntamente sobre la misma realidad: mientras los dos primeros son el marco que limita las posibilidades de transformación de un determinado lugar, el tercero es quien actúa de una manera directa para lograr que éste se acomode a lo que él necesita.

Por último, y tal vez sea la característica más olvidada, la definición nos habla de la continua evolución y el permanente cambio a que están sometidos los paisajes. Es difícil que un paisaje quede estático a lo largo del tiempo, no sólo va cambiando a lo largo del año de modo que su aspecto es diferente en cada una de las estaciones y en cada uno de los momentos del día, sino que a lo largo del tiempo su forma se va transformando según van variando tanto los aspectos humanos como los naturales. Difícilmente podemos encontrar paisajes que hayan

permanecido totalmente inalterados a lo largo del tiempo; aunque los cambios sean pequeños, éstos se van dando sin parar. El paisaje está siempre en dinamismo, sólo la fotografía o la pintura pueden transmitirnos una idea fija sobre un determinado lugar. La captación del instante parece dejar éste en suspenso e inalterado, pero la realidad es continua evolución y continuo cambio.

La segunda definición que he tomado como ejemplo es la que aparece en el Diccionario de la Lengua Española, e incide sobre otros aspectos del paisaje. En su vigésimo primera edición define éste como "Extensión de terreno que se ve desde un sitio"; "Extensión de terreno considerada en su aspecto artístico"; "Pintura o dibujo que representa cierta extensión de terreno". Definiciones parecidas se pueden encontrar en otros diccionarios de lenguas europeas. *Landscape* se define en el *Oxford Advanced Learner's Dictionary* como "scenery of an area of land", "Picture showing a view of the countryside". En *Le Robert Micro* se define *paysage* como "Partie d'un pays que peut voir un observateur"; "Espace géographique d'un certain type"; "Tableau représentant la nature". Exceptuando la segunda definición del diccionario francés, las demás coinciden de una manera bastante exacta. Dos son los aspectos importantes que se pueden observar en estas definiciones. Por un lado, incidiendo en una característica que ya vimos en la primera definición, todas éstas hablan del paisaje como algo ligado a un pedazo de terreno, se describe así una zona que viene íntimamente ligada a la tierra en la que está aposentada. El segundo aspecto que no estaba recogido en la primera definición es que parece que para hablar de paisaje se necesita de alguien que lo contemple. Estas descripciones del término no

entienden el paisaje sin una persona que lo mire, que esté observándolo. Por ello se habla del cuadro que representa la naturaleza o del pedazo de terreno que es observado por alguien. Es la visión humana la que crea el paisaje. Sin un observador, éste no existe. De hecho, los paisajes como expresión pictórica y artística son muy antiguos. La civilización romana ya los representaba tal y como se ha observado en las paredes conservadas de muchas de sus ricas mansiones, y en las culturas orientales, tanto china como japonesa, el paisajismo era muy apreciado como expresión artística. Tal vez haya sido el arte el que ha determinado la denominación de paisaje y el origen de este concepto haya sido su representación artística, más que la voluntad de querer definir un pedazo de terreno por sus características intrínsecas. Es por ello que, cuando pensamos en un paisaje, estamos comprendiendo en él una dimensión estética que es difícil dejar atrás. En el uso coloquial de esta palabra, solemos introducir algún adjetivo que tenga que ver con la belleza o la falta de ella. Contemplamos los paisajes porque esto nos proporciona placer o bienestar. Nos gusta situarnos frente a un paisaje bonito y disfrutar de él, su visión inspira nuestros sentimientos positivos, nos relaja y, con frecuencia, facilita el contacto con Dios.

El paisaje desde afuera: una visión dominadora

Tal vez sea esta visión artística y alejada del propio paisaje (al que se ve desde afuera) la que determina la gran cantidad de definiciones del mismo en las que solamente se tienen en cuenta sus elementos naturales (Field y cols., 1998²). En

² FIELD, R. DONALD, P.R. VOSS, T.K. KUCZENSKI, HAMMER, B. ROGER, RADELOFF, C. VOLKER, «Reaffirming Social Landscape Analysis

todas ellas el componente humano que antes hemos analizado como parte de la composición del propio paisaje desaparece o es olvidado. Los seres humanos pasan a ser unos elementos externos a un paisaje que se define como una estructura compuesta por unas determinadas especies animales y vegetales, que se enclavan en unos suelos y una zona climática que puede ser más lluviosa, más calurosa o menos. Cada uno de los elementos que lo compone cumple unas funciones que van siendo realizadas por cada uno de ellos, como son la fotosíntesis, la fijación del nitrógeno, los ciclos biológicos, etc. Todos ellos son los que van determinando la evolución del paisaje. Además, existen también una serie de cambios que vienen determinados por la resistencia de las diversas especies, los accidentes que producen fuertes distorsiones (como incendios, inundaciones, sequías...), el cambio climático, etc. Sin embargo, estas modificaciones parecen venir sobre todo de factores externos que interactúan con los naturales propios del paisaje. A pesar de que estas definiciones introducen estos factores que van haciendo evolucionar el paisaje, la concepción de las mismas es esencialmente estática, las funciones de sus partes no provocan grandes cambios sino una evolución, y éstos solamente llegan en el caso de que existan factores externos extraordinarios que los provoquen.

Se trata, pues, de definiciones que ven el paisaje simplemente como un terreno sobre el que actúan varios ecosistemas, conformando unas relaciones entre ellos difíciles de comprender por ningún

in Landscape Ecology: A Conceptual Framework», en *Society and Natural Resources*, vol.16, 1998, 349–361.

modelo matemático y que tienen una forma repetible y reconocible. De este modo, se pueden distinguir varios paisajes naturales (atendiendo a las plantas) que se repiten en todo el mundo: las praderas, los bosques, las estepas y los desiertos. Pero también se pueden dividir estos paisajes naturales según la zona climática en la que se encuentran, de modo que podemos encontrar los modelados de tipo glaciar, los periglaciares, los de zona templada, las estepas, las zonas subdesérticas y desérticas de las zonas tropicales y la sabana y la selva de las ecuatoriales. En todas ellas el hombre aparece relegado a un segundo plano. El paisaje se conforma y tiene sus relaciones a pesar o independientemente de él.

Esta concepción, en la que el paisaje aparece como un contenedor de recursos naturales, hace que el hombre pueda situarse ante él como quien puede controlarlo y manejarlo a su antojo (Linehan y Gross; 1998³). Ya no sólo a través de la pintura o de la fotografía, captándolo en un momento de su esplendor, sino también gestionándolo, mejorándolo, modificándolo... Al ser algo que la naturaleza pone a nuestra disposición, las personas podemos disponer de él para cambiarlo, para adaptarlo a lo que nosotros queremos conseguir de él, para ajustarlo a la consecución de nuestros propios objetivos. La concepción exclusivamente naturalista del paisaje tiene el peligro (aunque no tiene por qué suceder siempre) de desembocar en una concepción intervencionista sobre la naturaleza. La idea sería que las

3 J.R. LINEHAN, M. GROSS, «Back to the future, back to basics: the social ecology of landscapes and the future of landscape planning», en *Landscape and Urban Planning*, vol 42, 1998, pp. 207-223.

personas podemos intervenir en ella para conservarla o modelarla siguiendo el modelo que consideramos ideal para el paraje en cuestión. Nos situamos así fuera del paisaje como dominadores del mismo, como aquellos que podemos gestionarlo mejor, olvidando, con frecuencia, las interrelaciones existentes entre el paisaje y las personas que lo habitan. No se tiene en cuenta así lo bueno que el entorno nos aporta, lo bueno que nosotros podemos aportarle a él. No nos integramos en el mismo sino lo que lo vemos desde afuera, como si fuésemos pintores que debemos modelar una obra nueva a partir de un modelo. Por todo ello, esta concepción del paisaje en la que menos interviene el ser humano puede desembocar en aquella en la que más actuaciones desorbitadas se hagan sobre él.

Como vemos, esta comprensión naturalista del paisaje tiene mucho más que ver de lo que creemos con la pictórica. Las dos aparecen ligadas en muchas ocasiones. De hecho, existe también en algunas personas, instituciones o colectivos lo que podríamos denominar la tentación pictórica, es decir, la de dejar el paisaje tal y como está. Esto implica ignorar el dinamismo inherente a todo paisaje e ignorar la contribución humana a la hora de transformarlo. A partir de ahí, se lucha para congelar lo que se ve, para que quede como está. Que la pintura permanezca en el estado en la que se encuentra, hay que congelar el cuadro ante el que nos encontramos. Cuando esta concepción se traslada a los poderes públicos y éstos aceptan intervenir para lograr este fin, se imponen unas normas obligatorias para el lugar en las que, con demasiada frecuencia, no se tiene en cuenta a las personas que forman parte del paisaje.

El paisaje desde dentro: sus habitantes

Nos pasamos la mayor parte de nuestra vida inmersos en paisajes en los que la intervención humana ha sido determinante. Casi todos los paisajes que conocemos están humanizados en mayor o menor medida. En una escala de menos a más comenzaríamos por las zonas polares, las altas cumbres de las montañas, el corazón de los desiertos o las selvas vírgenes, que son las áreas en las que la intervención del hombre prácticamente no se ha dado y donde podríamos afirmar que mantienen una estructura ajena a la intervención humana. En otros lugares en los que las posibilidades de explotación económica son bajas como las estepas, las tundras, los bosques y las praderas, la intervención humana ha sido relativamente baja. Dependiendo del lugar y de la climatología, la transformación que haya introducido el hombre habrá sido mayor o menor, pero en su conjunto esta clase de paisajes están poco humanizados. El siguiente estrato en cuanto a intervención humana es el paisaje rural. En él la explotación agrícola, los regímenes de propiedad, las tecnologías existentes, la presión demográfica y otros factores humanos determinan la estructura del paisaje. La intervención humana está presente de una manera evidente en esta clase de paisajes. Por último, el paisaje totalmente humanizado, y en el que el componente no humano es más difícil de encontrar, es el que conforman las conglomeraciones urbanas. La ciudad es el paisaje humanizado casi en su totalidad. Es la transformación total del terreno, es un lugar en el que puede llegar a ser difícil apreciar el resto de factores que determinan el paisaje (clima, vegetación y relieve). Todo lo construido en las zonas urbanas intenta cubrir nuestras necesidades

y deseos, ajustando (de una manera más o menos afortunada) el entorno a nuestra voluntad.

Si vivimos, pues, en un entorno de lugares más o menos humanizados (pocas veces llegamos a los que tienen muy poca o ninguna intervención humana), ¿cómo integramos este factor en el paisaje?, ¿qué hacemos con el hombre que ha configurado hasta cierto punto la mayoría de los paisajes en los que vivimos? Muchos de los componentes de estos parajes obedecen tanto a las necesidades de las personas que decidieron construirlos o modificarlos como a las posibilidades técnicas de la época en la que se realizaron las obras. La forma de las casas, los lugares por los que se trazaron los caminos, la forma y estructura de los campos de labor, la manera en la que se explotaron los bosques... Todo ello ha sido fruto de la intervención de los habitantes de la zona durante muchos años. El mismo lenguaje nos traiciona en ocasiones y utilizamos el apelativo "natural" para algo en lo que no hemos intervenido los humanos, mientras despreciamos como "artificial" aquello que es fruto de la intervención humana, pero ¿acaso no somos nosotros también parte de la naturaleza?, ¿no somos en este sentido un componente tan natural como un animal salvaje o como las piedras o los árboles? Tal vez el mandato del Génesis para que dominásemos la creación (Gen 1,28 y 9,7) haya tenido mucho que ver con esta concepción. Sin embargo, para romper con esta tendencia a mirar nuestro entorno desde fuera, hay que tener en cuenta que en el paisaje también están incluidos sus habitantes. Si las personas que viven en un área han sido las que a lo largo de los años la han ido conformando (para bien o para mal), ¿no deberíamos considerarlas como parte integrante de la misma?, ¿no conforman también ellas el paisaje?

Responder positivamente a esta pregunta tiene unas implicaciones que van mucho más allá de incluir al hombre en una definición de paisaje, o de una toma de postura sobre nuestra pertenencia a la naturaleza o nuestra capacidad para dominarla. Cuando el hombre es considerado como parte integrante e importante del paisaje, toda la concepción sobre cómo debe gestionarse éste cambia. Ya no es un ente manejable desde el exterior, desde el que lo observa, sino que será también un ente manejado desde su propio corazón, en el que los intereses de los que consideran la zona como su casa sean escuchados, tenidos en cuenta y considerados. Por ello, las personas que habitan un lugar deberían poder seguir transformándolo, seguir acondicionándolo para que fuese un espacio habitable en el que ellos pudiesen enmarcar su vida y sus actividades cotidianas. No cabría entonces la transformación del lugar desde la visión del artista o del pintor, en el que las personas son solamente un elemento más, o la del naturalista para el que las personas son las que han pervertido la "pureza" del paisaje. No cabría mirarlo desde afuera; manejarlo como ese pedazo de tierra que podemos gestionar según nuestra concepción de lo que debería ser; introducir normas leoninas difíciles de cumplir por aquellos que tienen su día a día en el interior de ese paisaje (dificultar reformas en las casas, cambios de actividad económica, adaptaciones a la nueva realidad...); impedir, en resumen, que sus habitantes, que han estado años interviniendo sobre el paisaje y conformándolo tal y como está, dejen de hacerlo, y que su vida y evolución se vea muy limitada por medidas impuestas desde afuera. Por lo tanto, estas personas no pueden ser obviadas a la hora de tomar decisiones. Esto implica que en la gestión del paisaje deben tenerse en cuenta factores como la economía,

la política, la ética, los fines de las personas que son esenciales en toda configuración de un terreno, etc. El paisaje debe, por tanto, humanizarse introduciendo en él las dimensiones cultural y social que siempre lo han determinado. Esta consideración radical de las personas que lo habitan, y del respeto a su libertad y a su capacidad para saber cómo transformar su hogar, es la única que puede conformar un paisaje social que siga evolucionando y mejorando lo que ya conocemos. Una gestión sin valores éticos, sin poner por delante a sus habitantes, sin considerar las dimensiones humanas que lo imbrican, puede tener como resultado paisajes muertos, que se queden estancados y cuya evolución se vea truncada.

La economía y el paisaje

La cuestión económica tiene una importancia clave en las decisiones que van a tomar las personas sobre un paisaje y, por tanto, en la evolución del mismo. Varios son los factores económicos que influyen en esas decisiones que pueden afectar a la evolución de los paisajes en los que vivimos. En este apartado voy a analizar cuatro de ellos: la falta de viabilidad económica o de suficiente bienestar que puede provocar el abandono de ciertas zonas; la sobreexplotación de recursos naturales, especialmente de los no renovables; la influencia de la masiva industrialización y urbanización que influyen de una manera clave en la evolución de muchos paisajes; y la escala en la que se dan los proyectos económicos que influyen en la evolución de un paisaje.

Falta de viabilidad económica o de suficiente bienestar

¿Por qué un paraje puede ser abandonado por sus habitantes en un determinado momento del tiempo? Muchas son las causas que pueden forzar a los pobladores de un lugar a abandonarlo. Los teóricos de las migraciones suelen distinguir entre el efecto expulsión y el efecto atracción, esto es, las fuerzas que impulsan a las personas a salir de un lugar y las que los atraen hacia otro. Normalmente, las dos interactúan para propiciar la situación de abandono, en algunos momentos tiene más fuerza la expulsión y en otros la atracción de otro lugar, pero no suelen aparecer aisladas la una de la otra. Uno de los componentes más importantes a la hora de propiciar el abandono de las zonas es el económico, basándose éste en dos variables esenciales: la viabilidad económica de la actividad que se ha llevado a cabo hasta el momento, y la calidad de vida o el bienestar económico que se alcanzan viviendo en un lugar o en otro. Los dos motivos propician un abandono de la población en un paisaje pero a escala diferente. En el primer caso, la imposibilidad de seguir generando unos ingresos suficientes en el lugar en el que se vive suele llevar a un abandono total del lugar. Ya no es viable ni vivir ni explotar sus recursos, con lo que el paraje queda huérfano de una presencia humana cotidiana. Esto puede resultar letal para el paisaje existente, ya que el ser humano deja de intervenir en él habitualmente y toda su labor va desapareciendo paulatinamente, y ser negativo a medio plazo si la intervención ha sido muy agresiva y la naturaleza tiene problemas para apropiarse del entorno, quedando éste deteriorado por mucho tiempo. En otros casos, cuando la interacción ha sido más equilibrada, el abandono puede permitir que la

naturaleza gane terreno y el paisaje colindante se apodere paulatinamente del entorno deshumanizado.

Cuando el abandono se produce porque en otros entornos humanos el bienestar y la calidad de vida son mayores, y los nuevos medios de transporte permiten seguir explotando el lugar sin necesidad de vivir en él (el ejemplo más claro es el abandono de las casas de campo para vivir en las poblaciones cercanas), las consecuencias son distintas. Por un lado, hay que resaltar que el abandono no es total: aunque las personas ya no habitan en el paisaje, sí que lo visitan habitualmente y lo explotan económicamente. Esto va a impedir que la naturaleza colindante lo absorba o que quede maltrecho por falta de cuidado. Sin embargo, claramente tampoco va a permanecer inalterado. Aquellos espacios que no estén íntimamente relacionados con la explotación económica que se practica (especialmente los edificios, aunque no sólo ellos) serán dejados o descuidados, cebándose en ellos el abandono parcial o total. Si esto ya supone un problema en sí mismo, ya que no se cuida igual el lugar en el que vivo que aquel en el que únicamente trabajo, la concepción íntima del lugar también puede modificarse. Las personas pueden dejar de considerar el lugar como su casa y éste pasa a ser un instrumento a través del cual se ganan la vida. Si esto sucede, la utilización del lugar, la sensibilidad ante él, la manera en la que se va a conservar, el modo de explotarlo... van a cambiar. La evolución del lugar va a ser otra. Sin embargo, difícilmente podremos desligar el futuro del área de sus propietarios, que siguen relacionados con un paraje al que acuden habitualmente para realizar la labor que les proporciona los ingresos necesarios para vivir.

Sobreexplotación de los recursos

La segunda circunstancia económica que influye de una manera importante sobre la evolución del paisaje es la sobreexplotación de los recursos existentes en él. Sabemos que para producir cualquier bien necesitamos recursos naturales, ya que no podemos producir algo desde la nada. Sin recurrir a los elementos que extraemos de la naturaleza nos es imposible realizar actividad económica alguna. Éste es uno de los principales factores que pueden afectar a la evolución de los paisajes, en especial cuando el ansia de abultados y rápidos beneficios impulsa a las personas a llevar adelante una explotación exagerada, que merma las posibilidades futuras de seguir haciendo uso de los recursos existentes. En este sentido podemos dividir los recursos en tres clases: los renovables, los no renovables y los mixtos. Los primeros son aquellos cuyo uso no los agota, como la energía solar o eólica. Los segundos se agotan cuando los utilizamos, como sucede con la práctica totalidad de los recursos mineros. Por último, existen aquellos cuyo uso los agota, pero una explotación razonable y una gestión sostenible permiten que se disponga de ellos sin límite de tiempo (por ejemplo, la madera de los bosques). La explotación de estos dos últimos puede tener un impacto duradero sobre el paisaje. En la medida en que la destrucción de recursos se haga de modo que no puedan volver a recuperarse (ya sea porque se trata de no renovables o porque se realiza una explotación abusiva de los mixtos), la evolución del paisaje se ve claramente afectada y limitada en un futuro. La desaparición de especies animales, de bosques, de zonas pantanosas y humedales o de manglares, a lo ancho y largo de nuestro mundo, son debidas sobre todo a esta explotación exagerada de

los recursos naturales. La explotación salvaje puede, pues, resultar un obstáculo insuperable para una evolución equilibrada de un paisaje, y transformar éste de una manera definitiva e irremediable.

Normalmente, este comportamiento irresponsable de cara a la sostenibilidad del medio natural se debe a una visión económica cortoplacista, que prioriza los beneficios actuales sin tener en cuenta las consecuencias de su comportamiento en la explotación futura o en la situación de aquellos que se encuentran a su alrededor. Un comportamiento depredador de los recursos también puede llevarse adelante cuando quienes lo determinan están alejados de la realidad ante la que van a actuar, y dan poca importancia tanto a ese paisaje como a los que habitan en él. Se priorizan, otra vez, los comportamientos que buscan alcanzar un beneficio a pesar de otras variables que puedan impedir o ralentizar los ingresos deseados. Sólo una visión a largo plazo (que suelen tener aquellos que consideran el lugar como su casa) va a ser compatible con la sostenibilidad, y va a realizar una explotación de los recursos donde cuenten tanto los ingresos actuales como la posibilidad de seguir teniéndolos en el futuro.

Industrialización y urbanización

La transformación más importante que experimenta el paisaje viene de la mano de la urbanización y de la industrialización. Ambas producen un nuevo tipo de entorno en el que los elementos naturales quedan reducidos a la mínima expresión y en el que los elementos humanizados son los que tienen un predominio casi absoluto. Los dos pueden producir efectos perennes en el entorno en el que se ubican. Además, las personas que habitan constantemente

en estos entornos masificados, y poco relacionados con la naturaleza, pueden experimentar una situación de desapego y de separación del medio natural que, si bien por un lado impulsa a muchos de ellos a salir disparados de estos entornos para poder respirar aire puro o vivir con otro ritmo más tranquilo, provoca que el paisaje sea visto siempre desde afuera. La gran mayoría de la población analiza los paisajes (exceptuando el urbano o el industrial) como algo ajeno a su persona. Su mirada es siempre externa, y esto lleva a que falte la sensibilidad del que vive cerca o se tienda a entender estas zonas como simples instrumentos para lograr mejorar la calidad de vida de las ciudades o de las áreas industriales.

La utilización económica de los paisajes no urbanos está subordinada a la mejora económica de las ciudades. En este sentido, al ser el interés de los habitantes de las urbes mayoritario, se aplica el peso de la mayoría para modificar parajes y ponerlos a su entero servicio. El poder económico de la industria y la ciudad (o de los agentes que controlan estos dos elementos), junto con su influencia política, hace que muy a menudo sea éste quien decida desde afuera lo que hay que hacer con determinados paisajes. La excusa de que es la voluntad de la mayoría la que fuerza a estos cambios lleva a la destrucción irreparable de muchos paisajes en los que ha vivido mucha gente durante muchos años, para poner el resultado de esta agresión al servicio de la urbe y la industrialización.

La escala de los proyectos económicos

Los proyectos económicos que afectan a un paisaje pueden realizarse a escalas diferentes. Desde la urbanización de una pequeña zona de un

término municipal hasta la creación de una gran zona de ocio en los alrededores de una gran ciudad, o la construcción de una infraestructura como puede ser una autopista o el AVE, tienen una dimensión económica distinta y un impacto potencial diferente. Por ello, es importante a la hora de plantearse la ejecución de cualquier proyecto, no sólo cuál va a ser su escala, sino la dimensión del lugar en el que se realiza. Unos proyectos de gran escala en un paisaje de una dimensión reducida pueden afectar a éste de una manera irremediable. Sin embargo, esos mismos proyectos en un paraje de una gran dimensión pueden no tener unas consecuencias graves sobre el mismo e integrarse en él sin tener mayores consecuencias. Cuando se ven las vías del AVE por la meseta castellano-manchega se puede pensar que el problema para el paisaje es mínimo y, no sólo eso, sino que se puede hasta disfrutar de la tecnología más reciente integrada en un entorno rural y cerealista al que puede aportar una cierta belleza. Los vecinos tampoco tienen por qué verse excesivamente afectados si se habilitan los correspondientes pasos para superar esta barrera que se pone al campo. Sin embargo, cuando esta infraestructura se acerca a la ciudad y se construye por lugares densamente poblados o en zonas pequeñas plagadas de fértiles minifundios, que ya de por sí están bastante cercadas por las áreas urbanas, la dimensión de la infraestructura parece desorbitada y puede comprometer la viabilidad de lo que queda. La escala de los proyectos debe tener en cuenta la escala de los lugares en los que se realizan, actuaciones desorbitadas pueden resultar letales para muchos paisajes.

Conclusiones finales

La mayoría de los paisajes que conocemos han tomado su forma debido, en parte, a la intervención del ser humano. Por ello, la evolución positiva de muchos de ellos sigue dependiendo de que existan personas que habiten estos parajes, y que los sientan como propios y como marco de su vida o su actividad diaria. Por este motivo, no debemos olvidar el componente humano del paisaje, y es necesario hacer esfuerzos para que éste no se pierda en aquellos lugares en los que ha sido determinante para su evolución.

Para lograrlo, la principal condición es que, en la toma de cualquier decisión sobre un paisaje, no puede obviarse la opinión de aquellos que lo habitan y quieren seguir haciéndolo, ni la de aquellos que lo explotan de una manera racional y pretenden seguir ganando su sustento con esa actividad. Esto no invalida la opinión de aquellos que solamente visitan temporalmente estos lugares o de aquellos que lo conocen desde fuera. Sus ideas o intereses sobre el lugar también deben ser escuchados. Sin embargo, esto no puede hacerse a costa de olvidar la humanidad de los paisajes. En el grupo de los que deben tenerse en cuenta se excluyen tanto los habitantes como los propietarios (que no tienen por qué vivir en el área) que no tengan intención de seguir ligados a esta porción de tierra, cuyo único interés sea el de lograr el máximo beneficio con ella en un plazo reducido de tiempo. Esta concepción instrumental de la propiedad evita que se sienta ésta como el hogar propio. En esencia, deberían tener una opinión cualificada sobre la manera en la que debería evolucionar un área aquellos que pueden afirmar que quieren que ésa siga siendo su "casa"

u “hogar” durante muchos años. En ocasiones particulares, esto se podría extender a colectivos que estuviesen dispuestos a hacer su hogar de una zona abandonada, o de una cuyos propietarios no quieran seguir gestionando o habitando.

En todo caso, habría que tener en cuenta unos límites a la hora de calibrar las posibilidades, que valdrían tanto a aquellos que miran los paisajes desde afuera, como a aquellos que lo miran desde dentro. Serían un mínimo a cumplir, a partir del que cabría escuchar tanto a unos como a otros. Los parámetros que creo que deberían configurar estos mínimos serían:

1. En primer lugar, la viabilidad económica de las actividades que se realizan en el paraje en cuestión y el bienestar de las personas que lo habitan. Ambos son componentes importantes para que la gente se mantenga en una determinada zona. Si se ponen condicionantes tan elevados que impiden cualquiera de los dos (como impedir hacer reformas, cambiar de actividad, poner máquinas modernas que favorezcan una explotación, etc.) se estarán mermando las posibilidades de que las personas permanezcan en el lugar, y favoreciendo el abandono del mismo. Por lo tanto, la conservación de los paisajes y su evolución a mejor depende de que aquellos que los habitan vivan en unas condiciones adecuadas para ganarse un sustento decente, y para alcanzar un nivel de vida ajustado a lo normal en la zona.
2. En segundo lugar, habría que evitar aquellas explotaciones económicas que solamente buscasen el beneficio en el corto plazo, sin pretender una continuidad o una sostenibilidad de las actividades que se ponen en marcha. El afán

desmesurado de ingresos en un breve espacio de tiempo no suele colaborar en una evolución positiva del paisaje. La sobreexplotación y las actividades de beneficio rápido deberían replantearse en esta clase de gestión.

3. Hay que tener extremo cuidado en que los intereses de aquellas personas que habitan en las zonas totalmente urbanizadas o industrializadas, a pesar de ser mayoritarios, se impongan sobre los de los que construyen con su día a día un paisaje. El tamaño de estas áreas que poco tienen de paisaje natural tiende a alimentarse de todas las demás, priorizar sus necesidades puede acabar con gran parte de paisajes importantes e interesantes. Por ello, los anhelos de estos ciudadanos deben saber conjugarse con la evolución equilibrada de todos los paisajes, sin que finalmente todos acaben siendo reducidos a éstos.

4. Por último, es importante acoplar la escala de los proyectos a la dimensión de los lugares en los que se van a realizar. En espacios amplios y no muy densamente poblados pueden plantearse proyectos ambiciosos de amplias miras y tamaño. Sin embargo, en aquellos espacios reducidos o de pequeña dimensión, deberíamos ajustar los proyectos de transformación y el tamaño de las actuaciones al lugar en el que se realicen.

Teniendo en cuenta estos parámetros, se le da una gran importancia al factor humano del paisaje, lo que puede permitir una evolución armónica y a mejor del mismo. Con él podemos evitar una conservación pictórica del paisaje que convierta a éste en una naturaleza muerta, pero también evitamos que la evolución del mismo acabe con su esencia.

Permitimos así un desarrollo armónico y lleno de vida que mejore el entorno, para aquellos que lo sientan como hogar y para los que se acerquen a él, y en el que se tenga en cuenta la opinión de todos.

Bibliografía

- COMMON, MICHAEL; STAGL, SIGRID (2008) *Introducción a la Economía Ecológica*, 1ª Edición, Barcelona, Editorial Reverté S.A.
- FIELD, DONALD R; VOSS, PAUL R; KUCZENSKI, TRACY K; HAMMER, ROGER B; RADELOFF, VOLKER C. (1998) "Reaffirming Social Landscape Analysis in Landscape Ecology: A Conceptual Framework", *en Society and Natural Resources*, vol.16: 349-361.
- JARQUE, FRANCESC (2005): "Paisaje de la oportunidad" en ARQUITECTESPELPAISATGE COACV *Paisaje de los Paisajes. Recopilación de las ponencias del curso*, 1ª Edición, Valencia, COACV Col·legi d'Arquitectes de la Comunitat Valenciana, pp. 11-16.
- LEOPOLD, ALDO (1949): *A Sand County Almanac*, New York, Ballantine Books.
- LINEHAN, JOHN R; GROSS, MEIR (1998): "Back to the future, back to basics: the social ecology of landscapes and the future of landscape planning", in *Landscape and Urban Planning*, vol 42, pp. 207-223.
- LLUCH FRECHINA, ENRIQUE; CABRERA, ANDRÉS (2008): *Economía 1*, 1ª Edición, Madrid, Ediciones SM.
- MATTOS, CARLOS A. DE (2002): "La transformación de las ciudades latinoamericanas" ¿Impactos de la

globalización?" en *EURE (Santiago)*, vol 28, n° 85, pp. 5-10.

McHARG, I. (1969): *Design with Nature*, New York, Doubleday.

Tello, Enric (1999): "La formación histórica de los paisajes agrarios mediterráneos: una aproximación coevolutiva" en *Historia Agraria*, N° 19, pp. 195-212, SEHA.